

Migraciones musicales

Andrew Selee

Ahora que estamos en pleno verano, es tiempo de familia, amigos y música. Claro está que con la pandemia, no hay (o no debería haber) fiestas grandes como antes, pero en casa y entre familiares y amigos, no puede faltar la música. Y no hay música más pegajosa en estos momentos que el reggaetón.

En realidad, el reggaetón es una fusión de músicas que muestra los movimientos migratorios de las Américas. Fusionó los ritmos tradicionales del Caribe —sobre todo salsa, pero con toques de merengue, cumbia, samba y son cubano— que fueron traídos de África con la esclavitud y dado nuevas formas en la cuenca del Caribe, con el reggae, de las islas caribeñas de habla inglesa, con los cuales hay mucha relación, y luego con el hip-hop de Estados Unidos, por la influencia de las diásporas latinoamericanas y las relaciones que muchos cantantes latinoamericanos mantienen ahí.

Toda música es una historia de la migración y estos movimientos humanos van dejando testimonio en los ritmos y melodías que cantamos. Salsa —la salsa que conocemos el día de hoy— también es una música de mezcla, una fusión de estilos caribeños y latinos que se forjó en las calles y los clubes de Nueva York en los años 70 cuando artistas cubanos, venezolanos, colombianos, puertorriqueños, panameños y de otros países llegaron a tocar ahí y juntos refinaron y recombinaron la música de sus países. El merengue llegó a nivel global gracias a Juan Luis Guerra, quien estudió jazz en Estados Unidos, y por Elvis Crespo, el hijo neoyorquino de padres dominicanos.

La música norteña en México —que tiene herencia de valsos y polkas alemanes que entraron a México con el corto y malogrado imperio de Maximiliano— mezclada con estilos españoles, indígenas y africanos ya presentes en México, es una conversación constante entre la diáspora mexicana en Estados Unidos y la población rural que se quedó en México. No hay mejor representación de la norteña que Los Tigres del Norte, que siguen siendo un fiel reflejo de la vida de los mexicanos aquí y allá, un encuentro permanente entre los que se fueron y los que se quedaron. Los Tigres del Norte viven allá, en California, pero no por eso dejan de ser de aquí también, como tantos mexicanos en la diáspora.

Ahora viene un nuevo capítulo en América Latina. Las migraciones venezolanas, nicaragüenses, haitianas, cubanas, hondureñas, guatemaltecas y están trayendo nuevos ritmos y acentos a la música en los países donde llegan los que se fueron de esos países. En todos los centros históricos de las ciudades sudamericanas, se encuentran músicos venezolanos, parte de la diáspora de más de 5 millones de venezolanos que han dejado sus países. En Costa Rica, los

La música norteña en México — que tiene herencia de valsos y polkas alemanes que entraron a México con el corto y malogrado imperio de Maximiliano — mezclada con estilos españoles, indígenas y africanos ya presentes en México, es una conversación constante entre la diáspora mexicana en Estados Unidos y la población rural que se quedó en México. No hay mejor representación de la norteña que Los Tigres del Norte, que siguen siendo un fiel reflejo de la vida de los mexicanos aquí y allá, un encuentro permanente entre los que se fueron y los que se quedaron.

músicos en la calle muchas veces son nicaragüenses, parte de un flujo de más de 100 mil que han huido de su nación al país vecino.

En Tapachula, Chiapas, cerca de Guatemala, los cantantes de corridos guatemaltecos y hondureños, con sus guitarras, compiten con la percusión africana de los cameruneses y congolese en la plaza central. En Ciudad Juárez, ya no falta donde aprender a bailar como cubanos (por lo menos antes de Covid), gracias al asentamiento (¿quizás temporal? ¿quizás permanente?) de miles de cubanos en esa ciudad. En Tijuana, la Avenida Negrete, en la vieja zona turística, es el epicentro de la comunidad haitiana, miles de quienes ya viven de forma permanente en esta ciudad, tocando su música pegajosa en bares, restaurantes y peluquerías.

Los ritmos que se escuchan en estas ciudades son el nuevo disco de las Américas, un disco que se va actualizando con cada movimiento humano que se da en el hemisferio (entre las Américas y otras regiones del mundo), dando fe de las migraciones que han creado los países en que vivimos y las influencias que nos tocan y nos transforman.

Twitter: @SeleeAndrew

Financiamientos a la producción, no solo a los programas sociales

Julio Faesler

¡Vaya la suerte de la integración económica de Norteamérica! El primer TLCAN se inauguró con la rebelión zapatista. Ahora el T-MEC que aspira a lo mismo, con más pretensiones, se inicia con dos presidentes y un primer ministro en problemas serios. El gobierno del joven líder canadiense está cuestionado financieramente por sus enemigos políticos. Su vecino, Trump, a cien días de elecciones, ante la caída en 9.5% de la economía en el último trimestre, recurre a toda finta y maniobra para no dejar su cómoda sala ovalada. De López Obrador no hay sino apuntar a sus deteriorados índices de popularidad, tan deplorables que hasta la proclamada revocación de mandato podría tornarse en realidad.

La deprimida economía se empeoró hundiéndose al PIB en 20% en el primer trimestre de 2020. La caída de actividad productiva arrastra empleos, formales e informales, ventas en el mercado interno al menudeo y confianza del consumidor cuya única esperanza de mejora es que sus ingresos se recuperen para con ellos detonar un nuevo ciclo económico.

Una vez más el comercio exterior es la fórmula de solución. Animar la exportación con un alto contenido nacional depende en buena medida de la oportuna inversión en las unidades de producción, particularmente en las PYMES que ocupan la mayor proporción de mano de obra productiva del país.

Sin embargo hay mucha confusión en cuanto a la forma en que el país ha de alzarse por sus propias fuerzas para superar su crisis actual. Es inevitable insistir en que a las unidades de producción, sean agrícolas o industriales, les urge financiamientos de emergencia, aunque fuesen temporales, para respaldar sus precarios niveles de empleo, cubrir gastos y compra de insumos. Hay que repetir que los diversos programas sociales solo sostienen economías personales, familiares y a veces de artesanos, pero no las industriales donde urge capital de trabajo. Hay confusión cuando, por una parte, el Banco de México dice promover apoyo a pequeña industria y el mismo no aparece o cuando el apoyo que al BNCE corresponde otorgar no es suficiente.

Hay más confusión cuando, pese a la urgencia de dichos financiamientos contracíclicos, el gobierno insiste en que no tiene dinero y que no quiere en-

deudarse, ni recurrir a financiamientos externos. Pero ayer el subsecretario de la Hacienda aclaró que en caso de prolongarse la Pandemia, habría un “paquete de estímulos para acelerar la recuperación económica” (sic). Añadió que no se contempla la contratación de financiamientos externos, que considere como una alternativa remota, porque se aumentaría el costo financiero de la deuda en 300 mil millones de pesos “que es lo que valen los programas sociales”.

Según la SHCP la recuperación de la economía nacional no supone estimular directamente mayor producción, ocupación, exportación o demanda interna. Ella se autogeneraría por virtud de alguna dinámica innata y autónoma de nuestra economía que de ninguna manera pide un aporte exógeno. Los hechos, empero, revelan que la promoción social en curso sí ha tomado financiamientos externos. La página oficial del Banco Mundial registra los préstamos autorizados del Banco Mundial en los primeros 18 meses a la administración AMLO superiores a los de todo el sexenio de Peña Nieto (2,569.650 millones de dólares AMLO, y 2,331.000 millones de dólares EPN respectivamente). El aumento de la deuda externa mexicana ya es mayor en este sexenio que en todo el de Peña Nieto, en 2018 35.8% del PIB y actualmente 53%.

La moraleja de todo lo anterior es que, aunque el gobierno anunció jamás aumentar la deuda externa del país en realidad ha tenido que hacerlo como lo hacen regularmente todos los países siguiendo las reglas de sensatez y prudencia que aseguren que los intereses de contratado no condenen al país a una esclavitud del servicio que acaba en rescates que son más costosos para la población que, desde luego para los propios negociadores en lo personal.

En segundo lugar, como en cualquier esquema económico, hasta en el familiar, toda deuda debe ser productiva y no constituir un lastre. La deuda que el gobierno actual está contrayendo está destinada a servicios sociales, sin duda benéficos y solidarios con una población urgida de apoyo. Falta ahora actuar con toda celebridad para levantar el empleo, la demanda, la producción. Para ello no tiene que esperarse a que la Pandemia empeore. Con ello el T-MEC tendrá la mejor plataforma de despegue que la actual.

juliofelipefaesler@yahoo.com

EN TRES PATADAS

Diego Petersen Farah

Estambul no tiene la culpa

En política nada hay más complicado que la congruencia. Todos quisiéramos que nuestros políticos fueran absolutamente congruentes entre lo que dicen y lo que hacen, pero eso es imposible. Si hicieran lo que dicen y prometen, y solo eso, el país sería un caos, un conflicto permanente. Si solo prometieran lo que pueden cumplir a cabalidad, las campañas serían lo más parecido a un retiro espiritual de silencio. Por eso la ambigüedad y la contradicción son inherentes a la política.

Pero hay de contradicciones a contradicciones. Una cosa es tener que mediar entre la realidad y el deseo de transformación y la otra es cometer actos abiertamente contradictorios y, al menos en apariencia, por la simple voluntad de decir aquí quien manda soy yo. El nombramiento de Isabel Alvirde como embajadora en Estambul es quizás el “chayote”, el “embute”, más grande de la historia de este país. Sí, es cierto, desde que Calígula hizo cónsul a su caballo el servicio exterior se ha utilizado para cualquier tipo de arbitrariedades, desde desterrar enemigos o expresidentes hasta para pagar favores o premiar amigos. Pero justamente por eso, porque es una arbitrariedad y un abuso de poder uno no lo espera de una persona que un día sí y otro también acusa de corruptos a sus antecesores y ataca a los periodistas que lo critican porque, sin presentar prueba alguna dice que eran chayotes, actúe de una manera distinta.

El síndrome del Marqués o dos perlas en la concha

Sergio García Ramírez

En estas páginas me he referido al síndrome del marqués de Croix, que aqueja a gobernantes y agrava a gobernados. Discúlpeme el lector por acudir de nuevo a esta referencia. Cúlpese a la tenacidad con la que el síndrome solivianta a la nación. El virrey marqués de Croix, hombre de ocurrencias, proclamó la fórmula perfecta de la gobernanza: los vasallos de estas tierras nacieron para obedecer y callar. Esta fue, en pocas palabras, la constitución del virreinato. Por lo visto, el duende del buen marqués vaga y divaga en los corredores del Palacio que fue sede de la Colonia y hoy lo es de la República. Mientras deambula, contamina a sus ocupantes. Es un antiguo virus en vela.

En los últimos días —pero no son los últimos— hubo nuevas manifestaciones del síndrome del marqués. Aquí las identificaré como perlas en la concha de las infinitas ocurrencias. Serían risibles si no fueran temibles; divertidas si no fueran ominosas. Sólo me referiré a dos perlas cultivadas en el fondo de la concha prolífica. Una se relaciona con el escarnio de libertades y derechos que asomaron sin licencia del supremo gobierno. La otra, con el coro que pretende asegurar la obediencia de los vasallos.

Bajo el título “Contra la deriva autoritaria y por la defensa de la democracia”, treinta mexicanos intrépidos expusieron sus observaciones y sugerencias sobre la marcha actual y futura de México. ¡Vaya pretensión! Treinta se dirigieron a ciento veinte millones. Entre aquéllos figuran científicos, artistas y periodistas que tienen en su haber un prestigio bien ganado y han aportado a la nación su talento y su desvelo. No ocultan sus nombres ni sus convicciones, exponen sus críticas y convocan al ejercicio de derechos consagrados en la Constitución, que no es un libelo de anarquistas.

Hubo reacción inmediata, que engendró la primera perla de la concha. Quien se dijo —no hace mucho— el presidente más injuriado en la historia de México, se convirtió en iracundo injuriador. Movidó por la afrenta, elevó el pendón de la intolerancia y condenó a los autores del manifiesto. Lo hizo desde la más alta tribuna y con lujo de medios para enterar al pueblo sobre la maldad de esos autores. Les imputó “falta de honestidad política e intelectual, manifestada en el mismo contenido de su proclama”, es decir, en la exigencia de un cambio de rumbo al amparo de las libertades constitucionales.

Les atribuyó —para que lo sepa el pueblo agraviado— la pretensión “de restaurar el antiguo régimen, caracterizado por la antidemocracia, la corrupción y la desigualdad”, que son los cargos que se hicieron para animar venganzas en la etapa más violenta de la Revolución Francesa. Sin embargo, en un gesto compasivo el crítico de los críticos habló de la “pena ajena” que le produjo la aspiración de los treinta ciudadanos, que no le sugirieron, por cierto, enfrentar con “pena propia” la debacle causada por los errores del “buen gobierno”.

Algunos ofendidos por el manifiesto increparon a los autores en un punto específico: la sobrerrepresentación de la

La designación de Isabel Alvirde como embajadora en Estambul es grave por lo que significa en términos de corrupción del poder, y muy grave por lo que representa para el servicio exterior mexicano. No solo es un insulto a los miembros de carrera del servicio exterior, que tristemente están más que acostumbrados a este tipo de imposiciones con lógica política, sino al país que recibe semejante representación. Estambul es hoy por hoy una de las grandes capitales del mundo y geopolíticamente el punto de encuentro no solo entre dos continentes sino entre dos culturas cada vez más encontradas. Pensar que alguien sin experiencia diplomática puede representar con eficiencia y eficacia los intereses de México en ese país es una quimera; pensar que la relación con Turquía es tan poco trascendente que una persona sin experiencia, por el simple hecho de compartir la visión o la amistad del presidente, puede ser embajadora en ese país, es una irresponsabilidad.

El problema no es el nombre ni lo que representa Isabel Alvirde, que, por supuesto, es muy discutible, pues se trata de una periodista con la adulación a flor de piel cuya convicción más profunda es estar bien con el poder en turno, sino el hecho en sí mismo.

En lo dicho, para ser diferentes se parecen demasiado a sus tan odiados antecesores. Estambul no tiene la culpa.

bancada mayoritaria en la Cámara de Diputados. Esa representación abrumadora —adujeron— es el fruto de “la votación y de una política de alianza normal y habitual” en la composición de un parlamento. Pero los defensores de la representación exuberante —en corto circuito con la democracia— no fueron muy lejos por la respuesta. Fulminante, respondió José Woldenberg en su artículo “Mentir, un recurso renovable” (EL UNIVERSAL, 21 de julio de 2020). Hizo las cuentas y sacó las conclusiones. ¿Quién miente, pues?

Esa fue una perla en la concha que abrió sus valvas. Otra ha sido la febril resistencia de un sector del coro a sujetarse a la ley y a la razón para integrar el Consejo General del INE. Cada quien puede tener filias y fobias —no faltaba más, en esta República libre y democrática—, pero no puede exigir que los Poderes de la Unión disciplinen sus decisiones a cuotas de poder y preferencias de facción. Excluir de las funciones públicas a quienes no son prosélitos de la 4T, es desandar la historia y militar contra la democracia. No es votar, sino vetar sin razón. Implica que los órganos del Estado se integren con compañeros del camino para asegurar de antemano la satisfacción de un grupo a costa del interés de la nación.

Hubo tiempo y forma para proponer candidatos y analizar “perfiles”. Los hubo para aprobar y reprobar. Los hubo para requerir e impugnar. Pero una vez recorrido el camino que marca la ley, es preciso serenar el ánimo, apaciguar la ambición y permitir que la República siga su marcha: no arrebatar por la fuerza —así sea la fuerza aritmética de una flagrante sobrerrepresentación— lo que no se obtuvo por la aplicación de la ley. Llama la atención el calificativo de “golpistas” que un militante distinguido de la mayoría parlamentaria aplicó a los belicosos combatientes. Por fortuna, la segunda perla descendió a perlita y palideció en el fondo de la concha. Enhorabuena para quienes apagaron su luz.

¿No habrá llegado el momento de que repose el duende del marqués, que deambula en los laberintos del Palacio? ¿No habrá sonado la hora de clausurar la concha de las perlas mañaneras y enviarlas al arcón de los recuerdos? ¿No habrá llegado el día en que construyamos en paz una nueva República donde imperen la libertad y la tolerancia, la legitimidad y la razón? ¿No será tiempo de que prevalezca la cordura y cese la violencia?

Por lo pronto, no puedo desear a los suscriptores del manifiesto —exorcizado desde los magnavoces del poder— otra cosa que entereza y constancia, que seguramente las habrá, en el ejercicio de sus derechos y en la proclama de sus razones. Y tampoco puedo menos que confiar en que el órgano construido para asegurar la democracia en los procesos electorales, lleve adelante —tope donde tope, pese a quien le pese— la tarea que tiene en sus manos. Esta incluye, por cierto, preservar el proceso electoral frente a guardianes inesperados.

Ya basta, insomne duende del marqués. Ya basta, animoso coro obscuro.